

Introducción

Renovando la aspiración a analizar con rigor las características de las principales arquitecturas desaparecidas en Galicia que ya fueron objetivo de la publicación precedente en esta misma serie —*Arquitecturas desvanecidas. Memoria gráfica del patrimonio desaparecido en Galicia*, 2019—, este segundo volumen continúa y cierra el arco cronológico allí iniciado, ahora con el estudio de las destrucciones y graves alteraciones que afectaron al patrimonio construido desde 1936 hasta el año 2001. De entrada, es preciso advertir que en esta ocasión no solo se trata de completar una selección representativa, que haga posible valorar la intensidad y gravedad de las pérdidas gracias al enfoque más desapasionado y científico que posibilita la historia del arte, sino que también, y conviene advertirlo ya desde las primeras líneas de esta presentación, debemos hacer constar que la cercanía temporal a los dramáticos efectos de las dinámicas destructoras añade un matiz sentimental al que no podemos ni queremos sustraernos.

Los edificios desaparecidos que se analizan en este libro fueron escenario y formaron parte de las vivencias cotidianas de las generaciones más inmediatas que nos han precedido. Nuestros padres y abuelos conocieron, usaron y disfrutaron las arquitecturas singulares de las que ahora hablamos en pasado. Nuestra propia generación, al menos la de los autores reunidos para esta investigación, ha sido testigo de las últimas desapariciones. En su mayor parte eran edificios que cumplieron un digno papel para nuestras necesidades prácticas y anhelos de representación como sociedad, hasta que el vendaval destructor de la insensibilidad, unas veces aliada con la especulación inmobiliaria y otras con una acelerada y mal entendida ambición de modernidad, pusieron punto final a su existencia. Buscando la etiqueta común para englobarlas, no cabe duda de que el calificativo de arquitecturas añoradas refleja con justicia los lamentos, sentimientos de vacío y frustración generados como consecuencia de las pérdidas más dolorosas. La lamentación por lo que no fuimos capaces de defender y conservar como sociedad sirve así como acicate

para volver la vista atrás y reflexionar sobre los valores que aportaban tantos y tan significados edificios.

Cerrada por caprichosa decisión ministerial la posibilidad de continuar el primer proyecto sobre arquitecturas desaparecidas al amparo de la modalidad de *Retos para la sociedad*, en esta ocasión ha sido la convocatoria de Proyectos de I+D+i de la Agencia Estatal de Investigación correspondiente al año 2019 la que ha proporcionado el soporte para su materialización. Bajo el título de «Memoria del patrimonio arquitectónico desaparecido en Galicia. El siglo xx» (Códigos AEI/10.13039/501100011033 y PID2019-105009GB-I00), la concesión de este nuevo proyecto ha permitido extender el trabajo de inventario y estudios durante los años 2020 a 2023. Bajo la coordinación de los mismos investigadores principales —Jesús Ángel Sánchez García y Alfredo Vigo Trasancos—, al núcleo de especialistas y colaboradores externos vinculados al grupo de investigación Historia del Arte, de la Arquitectura y del Urbanismo de la Universidade de Santiago de Compostela (HAAYDU, GI-1510) se han sumado investigadoras adscritas a los departamentos de Proxectos Arquitectónicos, Urbanismo e Composición —Yolanda Pérez Sánchez y Estefanía López Salas— e Ingeniería Civil —Amal Nnechachi Bounous— de la Universidade da Coruña. En otra afortunada incorporación, el arquitecto Álvaro Bonet López, que actualmente realiza su doctorado en la Escuela Superior de Arquitectura de la Universidad Politécnica de Madrid, ha reforzado esa misma plantilla de especialistas en historia de la arquitectura, en su caso como investigador de la producción de Antonio Palacios Ramilo, figura esencial de la arquitectura española y gallega que no se ha librado de entrar en la lista de capítulos con dos edificios destruidos en Vigo y O Porriño.

Reforzar el equipo de trabajo, que en esta ocasión ha ascendido hasta la veintena de investigadores, era otro de los objetivos planteados desde el comienzo de un proyecto que advertíamos de enorme complejidad tanto por la cantidad como por el interés intrínseco de los casos a estudiar. Junto a la línea de análisis que podríamos considerar troncal, orientada a estudiar y contextualizar monográficamente casos de arquitecturas singulares, en este volumen se ha optado por dedicar capítulos a edificios valorados conjuntamente, enlazados en un mismo estudio por compartir tipología funcional. Hoteles como el Continental, Palace, Méndez Núñez y Roma, los cines Royalty y Odeón, mercados como los de A Laxe y Progreso, asilos como los de Pi i Margall y Adelaida Muro, o los castillos de O Castro y San Sebastián reflejan también el marco compartido de unas dinámicas de obsolescencia y destrucción que, incluso en distintas ciudades, terminaron por conducirlos a la desaparición. En este sentido, las destrucciones por accidentes, como el incendio que afectó al Gran Hotel de Mondariz, son una excepción frente al más general y dominante panorama de las demoliciones deliberadas.

El imprescindible trabajo de recopilación gráfica editado años atrás por Xosé Enrique Acuña y José Luis Cabo —*Imaxes do patrimonio arquitectónico desaparecido*, 1992— ha sido un punto de referencia fundamental para certificar, como se afirmaba en su prólogo, que en los últimos cien años hemos asistido a la más salvaje destrucción y mutilación de nuestro patrimonio histórico y arquitectónico. Como insuficiente paliativo, esta proximidad temporal ha permitido que, junto a la documentación escrita, haya sido posible planificar la recuperación de testimonios de primera mano aportados por personas que fueron protagonistas de algunos significados casos. Las entrevistas y el recurso a la metodología de la historia oral se han empleado así como fuentes de información complementarias en los capítulos del parque del Pasatiempo, el entorno del río Monelos o el edificio de Fenosa, sumándose a los documentos de archivo y los artículos de prensa que se manejan como recursos principales en la mayoría de estudios.

En ese mismo apartado de las fuentes es necesario destacar la abundante documentación gráfica, desde planos a fotografías, a la que se ha tenido acceso para abordar las investigaciones de este nuevo proyecto. Las fotografías localizadas en archivos y fototecas de Galicia y del resto del Estado constituyen un repertorio fundamental que ya se había aprovechado en la anterior publicación y que ahora se enriquece con las procedentes de fondos de fotógrafos privados, a quienes agradecemos especialmente su colaboración. Con independencia de su antigüedad, estas imágenes siguen siendo fuentes indispensables para examinar con detalle y analizar con exhaustividad elementos de interés que hasta la fecha habían pasado desapercibidos. Ahora bien, a este innegable y más objetivo valor documental vuelve a añadirse el componente sentimental y nostálgico de unas fotografías que desatan la añoranza ante edificios que la mayoría de nosotros no hemos llegado a conocer, pero que curiosamente apreciamos y estimamos como parte de un proceso de idealización del pasado.

Para no perder contacto con el territorio más desapasionado e imparcial, las fotografías y planos se completan con un grupo de restituciones virtuales realizadas específicamente por el diseñador gráfico Carlos Paz de Lorenzo, quien repite su colaboración tras los trabajos ya encomendados en el anterior proyecto, ahora como miembro fundador del Centro Infográfico Avanzado de Galicia (CIAG). Partiendo de un meticuloso análisis gráfico, en el proceso desde el diseño 2D a las renderizaciones 3D, Carlos Paz, con la asesoría y supervisión científica de los respectivos autores, aporta de nuevo visualizaciones que, por su rigor y nivel de concreción, permiten comprender mejor tanto las características arquitectónicas y decorativas como las relaciones físicas y visuales en las diversas situaciones de implantación en el entorno. En la misma línea cabe destacar la restitución virtual de las escuelas

de la fundación Fernández Areal de O Porriño que ha elaborado como trabajo de diseño propio para su capítulo el arquitecto Álvaro Bonet.

La ordenación de los edificios desaparecidos reunidos en este volumen se presenta en una sucesión cronológica de acuerdo con sus fechas de destrucción o alteración más grave. La nutrida serie de pérdidas de interés se inicia y termina en la misma ciudad, dado que fue en A Coruña donde se derribaron en 1936 la Casa Gótica del Parrote y en 2001 el asilo de ancianos de Adelaida Muro. Entre ambas fechas, la lista de edificios destruidos o irrecuperables repasa para toda Galicia tanto las situaciones de obsolescencia y necesario reemplazo, las que se pueden considerar lógicas sustituciones de piezas que ya habían cumplido su función, como los lamentables y gravísimos episodios de demoliciones innecesarias que, sin lugar a dudas, debían haberse evitado. Entre las situaciones más complejas a valorar se encuentran aquellos casos de reconstrucciones que aprovecharon parte del edificio original, pero sometido a una completa desfiguración y alteración volumétrica. La reforma de los edificios del Gran Hotel y Comedor de A Toxa entraría en esta categoría, como muestra de una renovación de instalaciones hoteleras seguramente inevitable, pero que se llevó por delante la imagen icónica, incluso el reclamo publicitario, del mejor conjunto de arquitecturas de la *belle époque* que conservábamos en Galicia. Aunque con algunas diferencias, también es llamativa la transformación de la vieja Cárcel Pública de Ferrol que, en la década de los años cuarenta, fue sensiblemente reformada para dar paso a un más monumental Gobierno Militar y, luego, a partir del año 2000, al actual edificio cultural de Afundación

Frente a la variedad de épocas y estilos representados en los edificios que integraron el primer volumen de estudios, en esta ocasión es fácilmente perceptible que la mayoría de las arquitecturas afectadas por dinámicas de destrucción pertenecen a la época contemporánea, concentrando sus fechas de construcción entre finales del siglo XIX a las primeras décadas del siglo XX. Aquellos años de apreciable intensificación en las dinámicas de modernización experimentadas por nuestro país potenciaron un diversificado abanico de nuevas tipologías, muchas de ellas destinadas a viviendas, o a los sectores industriales y de ocio más pujantes, pero que no lograron sobrevivir ante la nueva etapa de desarrollo económico experimentada en la segunda mitad del siglo XX. Para esta misma fase de las décadas más recientes, es cierto que el avance en los mecanismos para la tutela del patrimonio construido por medio de las declaraciones como monumentos y bienes de interés cultural, junto a los inventarios y catálogos municipales, aseguraron que edificios de interés histórico de las épocas medieval y moderna contaran ya en buena parte de los casos con suficientes garantías para su preservación. Sin embargo, cuando no se había iniciado ni existía sensibilidad para el reconocimiento de un valor patrimonial

en las arquitecturas clasicistas, eclécticas, modernistas y del primer racionalismo, fueron numerosos los edificios que no llegaron a disfrutar de esas mismas figuras de tutela. Perdidas o decaídas sus funciones originales, estas arquitecturas quedaron totalmente expuestas ante las prioridades crematísticas de los propietarios particulares, la ignorancia de los responsables municipales y la voracidad sin límites de los especuladores inmobiliarios.

En otro orden de consideraciones metodológicas, ya en el anterior volumen se había abierto el enfoque para considerar ciertos conjuntos, tanto urbanos como rurales, que precisaban aproximaciones y análisis específicos no siempre estrictamente conformes con los marcos en los que se mueve la historia de la arquitectura. Así, los estudios dedicados a la Ribeira do Berbés en Vigo o a las Reales Fábricas de Sargadelos en Cervo, abordados desde categorías como los estudios del paisaje, encuentran ahora continuidad en los capítulos centrados en las casas de Salomón y de Timoteo O'Scanlan de Ferrol, el *peirao* del Puente Nuevo y el parque del Pasatiempo de Betanzos, el Sanatorio Marítimo de Oza, las construcciones y entorno del río Monelos de A Coruña, o, muy especialmente, la villa de Portomarín, que, a partir de 1963, quedó sumergida bajo el embalse de Belesar. Este último conjunto histórico, protegido desde el año 1946, fue condenado a desaparecer sin que se retirara esa figura de tutela legal mediante la fórmula del traslado al emplazamiento del nuevo pueblo de algunos edificios y partes desmontadas. Se trata de uno de los casos más dramáticos aquí abordados por afectar a un núcleo histórico y artístico de enorme relevancia, dada su posición en el Camino francés a Santiago, pero también por su condición de enclave poblacional vivo que fue desalojado, expoliado y dinamitado antes de que se lo tragaran las aguas.

Herederos de las prácticas de «destrucción creadora» que había inaugurado la centuria decimonónica mediante el modelo operativo de los *percements* y saneamientos de tejidos históricos de Haussmann, el siglo xx no le fue a la zaga en radicalidad. Como reacción contra los historicismos y regionalismos, desde los primeros años del nuevo siglo, las rupturistas dinámicas de las vanguardias estimularon la propagación de manifiestos elogiando la *tabula rasa* y la caducidad de la arquitectura, proponiendo, como afirmaba Antonio Sant'Elia en el manifiesto de *La Arquitectura Futurista* (1914), que cada generación asumiera el cometido de fabricar su ciudad. Poco más tarde, en las décadas de los años veinte a treinta ganaría preponderancia, hasta convertirse en discurso dominante, la posición de ciertos arquitectos del Movimiento Moderno defensores del menosprecio y la condena a los edificios heredados del pasado. Edificios que Le Corbusier consideró «peligrosos para la vida moderna», realidades muertas que debían ser clausuradas y encerradas, tal como proyectó sin miramientos en el Plan Voisin (1925), que arra-

saría la orilla derecha de París con excepción del Louvre y la Tour Saint Jacques; o bien susceptibles de ser trasladados desde sus emplazamientos originales para no obstaculizar la renovación de las ciudades, como propuso Frank Lloyd Wright para unos edificios antiguos de Londres que en su opinión solo merecían conservarse como reliquias del pasado, precintadas dentro de un gran parque.

Estas ideas acerca de lo considerado obsoleto y sin lugar en la vida moderna continuaron alimentando las operaciones más insensatas, ahora de intención claramente especulativa al orientarse a rentabilizar el valor de cambio, emprendidas en la segunda mitad del siglo xx. Como se puede apreciar en un rápido repaso al índice de este libro, los años del desarrollismo trajeron consigo las destrucciones más generales e indiscriminadas. Sin pararse a reflexionar sobre posibles usos alternativos, la especulación ligada a la obtención de beneficios económicos, pero también las decisiones más ignorantes e incívicas, se llevaron por delante singulares piezas urbanas —hoteles Palace y Atlantic de A Coruña, edificio Rubira de Vigo, Eléctrica Lucense y Gran Teatro de Lugo, edificio Castromil de Santiago de Compostela...—, que además estaban perfectamente integradas en el paisaje urbano y los usos ciudadanos. Edificios de altísimo interés arquitectónico, que cualificaban estéticamente y aportaban escalas humanas a sus enclaves, pero que acabarían siendo sustituidos por edificaciones de mayor volumen y aprovechamiento, vulgares o sin interés para la calidad de la ciudad. Alguna de aquellas operaciones destructivas derivó en aberraciones que todavía exponen con mayor crudeza la irracionalidad cometida, entre las que sobresale la malhadada plaza de Galicia en Santiago, que ninguna reforma posterior ha conseguido resolver satisfactoriamente una vez derribado el edificio Castromil que servía de emblema e imagen de modernidad para aquel sector del ensanche.

Lamentablemente, las destrucciones no se circunscribieron a este episodio del desarrollismo tardofranquista. También desde los primeros años de la nueva realidad democrática hemos asistido a la continuidad en los objetivos de especulación inmobiliaria y supresión de lo que pasó a considerarse molesto o inútil. Demoliciones gratuitas y derribos injustificables han seguido aflorando, ciertamente con menor frecuencia, pero todavía con los peores tintes de tributo a la voracidad de un negocio inmobiliario que los intereses ciudadanos no consiguen frenar. En este punto, es un deber ineludible identificar a los responsables de tantos y tan graves atentados. Frente a lo ocurrido en épocas anteriores, en las que la falta de recursos, la insuficiente protección legal, la desidia o las optimistas e ingenuas aspiraciones de progreso habían sido los factores dominantes, no se puede enjuiciar más que negativamente la entrada en acción y protagonismo de los promotores y empresas constructoras que ejercieron su presión para que los responsables de las Adminis-

traciones locales consintieran o favorecieran sus intereses. Podría hablarse con total propiedad de una nueva etapa vandálica, en especial para los mencionados años que se extendieron entre las décadas de los sesenta a los setenta, en el contexto del desarrollismo y de las dinámicas socioeconómicas que estaban atrayendo masas de población rural a las ciudades, basculando brutalmente los equilibrios consolidados desde hacía siglos. Un vandalismo de los gobernantes y promotores que también contó con el vandalismo de los arquitectos como cooperadores necesarios para sumarse y aprovechar sin miramientos aquel frenesí de destrucciones. Las posiciones y responsabilidades de los que aceptaron los nuevos intereses y los que plantaron cara a los despropósitos estaban claras ya desde la misma fecha tomada como referencia para el inicio de los estudios en este volumen. En aquellos primeros meses de 1936 se consumó en A Coruña el derribo de la Casa Gótica del Parrote, en un episodio que conllevó, entre otras consecuencias que se analizan en el correspondiente capítulo, que el historiador y delegado regio de Patrimonio Ángel del Castillo retirara durante años la palabra al arquitecto Eduardo Rodríguez-Losada Rebellón, autor del proyecto para las anodinas viviendas que sustituyeron a aquella venerable «joya arqueológica». Otro caso de interés que afectó también a la ciudad de A Coruña fue el derribo, en 1958, de la casa Zuazo Mondragón o palacio de Almeiras, a pesar de su noble condición de viejo palacio barroco que había vivido en su interior importantes episodios históricos. Resulta más penosa su desaparición, una vez que sabemos que el nuevo propietario ofreció su fachada pétrea al Ayuntamiento con la intención de que la pudiese reconstruir en otro lugar. En fin, que la nómina de desapariciones, cada una con sus peculiaridades, fue larga y, por desgracia, muy dolorosa.

No sería justo dejar de consignar aquí a los intelectuales y técnicos que se implicaron en la defensa de ciertos edificios singulares, como prueban las acciones promovidas por significados arquitectos vinculados al recién fundado COAG para oponerse a la demolición del edificio Castromil en Santiago, o, ya en fechas más recientes, los profesores de la Escuela Técnica Superior de Arquitectura de A Coruña que alzaron su voz frente al derribo del asilo de Adelaida Muro. En la estela de las valientes denuncias de otro arquitecto e historiador como fue Fernando Chueca Goitia, el vigués Jaime Garrido Rodríguez, recientemente fallecido, es otra de las figuras que merece ser destacada en este apartado de los fervientes defensores del patrimonio arquitectónico, en su caso, batallando por la ciudad a la que dedicó el impagable libro *Vigo, la ciudad que se perdió* (1991). Sin abandonar Vigo, José Ramón Iglesias Veiga fue otro investigador intensamente dedicado a la educación y sensibilización hacia el patrimonio construido. Nuestro querido amigo Moncho nos dejó en 2020 por una fatal y rápida enfermedad que le privó, como era su deseo, de colaborar en este libro con varios capítulos que había propuesto.

A diferencia de lo ocurrido en otras épocas, cuando la valoración de los edificios condenados a desaparecer recayó exclusivamente en algunos, unos pocos, estudiosos y eruditos, en este panorama de destrucciones del siglo xx nos encontramos ante casos en los que las demoliciones provocaron polémicas y rechazos ciudadanos de notable intensidad. Asociaciones de vecinos y organizaciones culturales aparecen ocupando posiciones de primera línea en la defensa de unas arquitecturas asumidas como herencia integrante de los derechos ciudadanos. Por desgracia, sus reacciones y movilizaciones no alcanzaron la fuerza suficiente para asegurar la pervivencia de edificios de indudable interés, como prueba la cadena de decisiones e inacciones que condujeron a la demolición del Gran Teatro de Lugo. Ni siquiera podemos afirmar con rotundidad que tales precedentes, incluyendo los que desembocaron en procesos judiciales, lograran pavimentar el camino hacia unas medidas de preservación patrimonial dirigidas a evitar que en el futuro se repitan más situaciones como las aquí abordadas. La destrucción del asilo de Adelaida Muro de A Coruña, de la que se acaban de cumplir veinte años, sirve para testimoniar que los procesos de sustitución más inmisericordes siguen produciéndose. Edificios que no llegaron a ser incluidos en catálogos urbanísticos municipales, o bien a los que se ha retirado esa misma catalogación después de disfrutarla durante un tiempo, son pruebas fehacientes de las carencias y limitaciones de unos instrumentos de protección que, al menos en los ámbitos municipales, han favorecido las peores actuaciones de degradación urbana. La bochornosa operación para la reforma, reconstrucción y enmascaramiento en estilo «neocoruñés» del emblemático edificio de Fenosa, que además derivó en un largo recorrido por diferentes instancias judiciales, constituye otro episodio reciente de la larga cadena que no parece tener fin. Por esa misma razón, el libro se cierra con el capítulo dedicado a la viguesa fábrica de Santa Clara, abandonada y en degradación desde el año 2002, que pese a su condición de inmueble protegido podría terminar siguiendo el mismo camino de los analizados en los capítulos precedentes.

El balance final de las destrucciones ocurridas durante el periodo analizado en este libro no puede ser otro que una muy negativa panorámica. Los pueblos y ciudades de Galicia perdieron edificios que, más allá de su utilidad, aportaban variedad de lenguajes y calidad estética a los entornos para la vida ciudadana. Derribos que, en conjunto, solo pueden calificarse de lamentables e insensatos cuando dieron paso a «construcciones mostrencas» como las criticadas en las duras palabras de Fernando Chueca: «vulgares construcciones, hijas de la sórdida especulación, avanzan como un ejército, desarrapado y sin orden [...], la ciudad se devora a sí misma como si fuera un palimpsesto en el que se puede volver a escribir sin respeto a lo ya escrito y, lo que es peor, sustituyendo un idioma culto por una jerga bárbara». Son

palabras pertenecientes al libro *La destrucción del legado urbanístico español* (1977), referidas precisamente a una de nuestras capitales gallegas, pero que podrían servir para caracterizar lo ocurrido en las demás ciudades y villas. Ante los derribos que dejaron paso a incongruentes vacíos y vulgaridades no cabe más que un honesto ejercicio de restitución intelectual para conocimiento de la sociedad y advertencia de generaciones futuras. En cuanto a quienes las consintieron y perpetraron, no van a merecer el destino del olvido porque, al igual que la infructuosa condena al pastor Eróstrato, sus nombres permanecerán como vergonzante recordatorio de su responsabilidad.

JESÚS ÁNGEL SÁNCHEZ GARCÍA
JULIO VÁZQUEZ CASTRO
ALFREDO VIGO TRASANCOS